

DESIRÉE RUIZ

LA CASA
DE LAS
AMAPOLAS

Desirée Ruiz

La Casa de las Amapolas

NdeNovela

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Desirée Ruiz Pérez, 2025

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S. A., 2025

NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.ndenovela.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2025

Dépósito legal: B. 4.492-2025

ISBN: 978-84-10140-23-3

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo

Printed in Spain - Impreso en España



CAPÍTULO 1

Zaragoza, marzo de 2019

—Maya, ¿se puede saber qué estás haciendo?

Elisa se da cuenta de que se ha puesto un calcetín de cada color y resopla mientras busca otro par. Si estuviera todo más ordenado, no pasarían estas cosas. El día debería comenzar de modo apacible: una ducha caliente seguida de un buen desayuno en familia, café humeante en tazas bonitas y una cocina luminosa. Pero Elisa siempre anda con prisas, la caldera no funciona, la cocina es pequeña y oscura, sus tazas están descascarilladas, el café hace tiempo que le sienta mal y su menguada familia ya casi nunca desayuna junta.

—Deja de gritar, mamá, pareces una loca.

Maya se asoma y mira con gesto somnoliento. Lleva la corta melena rubia despeinada y una vieja camiseta que parece rescatada del cesto de la ropa sucia. No ha dormido bien; está segura de que en el altillo hay ratas, pero no quiere preocupar a su madre. Hoy por la tarde comprará algún veneno o una trampa para roedores.

—Me voy a la biblioteca —dice mientras se ata los cordones de las zapatillas.

—No puede ser.

Esa mancha oscura, esa que habita junto a ellas desde hace un tiempo, tiñe la voz de Elisa. Maya la reconoce: angustia.

—¿Cómo que no puede ser? Mamá, hoy es lunes, no trabajo.

—Lo sé —Elisa se esfuerza por hablar con calma—, por eso mismo tienes que ir a hacer la compra. No nos queda de nada, cariño, y yo no tengo tiempo. Hoy me toca limpiar en dos casas y ya sabes que no puedo decir que no. Siento que tengas que subir las bolsas tú sola...

—Es lo que tiene vivir en un sexto sin ascensor —interrumpe la joven con gesto de fastidio.

—Bueno, tampoco será mucho. —La voz de Elisa es un globo al deshincharse.

—De acuerdo —contesta Maya abriendo las manos en gesto de comprensión; solo quiere que la oscuridad se aleje—. Iré yo, no hay problema. ¿La lista está en la nevera?

Elisa asiente mientras coge el bolso y revuelve en su interior.

—Sí —susurra, y tras unos instantes levanta la cabeza hacia su hija—. No sé... ¿Te queda algo de dinero?

El día que enterraron a su padre, Maya sepultó con él su primera vida. Murió también esa vida, como muere el día, como lo hacen a cada instante miles de ellas, y comenzó otra, una diferente. Peor.

—Puede que algo —musita, y entra en su habitación. Al instante, sale contando unas monedas y mira a su madre a los ojos; la angustia las abraza a ambas—. Doce euros.

Elisa se deja caer al suelo y se cubre la cara con las manos. No llora. Está tan cansada que, si no fuera por su hija, cree que ahora, sin Daniel, ya todo le daría igual.

—Mami, tranquila —susurra Maya. Se sienta junto a ella y le acaricia la espalda—. No llores, mamá.

—Es que no sé qué hacer —consigue decir Elisa entre hipo—, ya no sé qué hacer. Esto es un desastre. ¡Un desastre, Maya! —El llanto se recrudece—. Este piso es lo único

que nos podemos permitir, y tampoco sé por cuánto tiempo; el propietario ya me ha dicho que quiere subir el precio del alquiler...

—¡Pero no puede! —protesta la joven.

—Ya, bueno, no sé... Supongo que no, pero ya sabes, cualquier día... —Elisa respira con fuerza y se seca las mejillas con las manos; mira a su hija y se esfuerza por sonreír—. Lo siento, cariño. Es que estoy cansada, eso es todo. Este año ha sido muy duro.

El primer mes tras la muerte de Dani, Elisa ni siquiera pensó en cómo saldrían adelante. Tras el accidente despertaba envuelta en gasas invisibles que no la dejaban respirar; todos sus esfuerzos se centraban en no ahogarse, en poder caminar y hablar sin que esa muselina incorpórea le impidiera seguir viva. Por su hija. Fue después, cuando comenzó a acompañarla un vaivén incómodo, como un oleaje que la volvía inestable, cuando cayó en la cuenta de que no tenían nada.

—He pensado que podríamos irnos un tiempo con Flora —ve la boca de Maya abrirse y se apresura a continuar—, aunque solo sean unos meses, quizá hasta septiembre... Sea como sea, en junio podrás examinarte; es la ventaja de estudiar a distancia.

—¿Quieres ir a la Casa de las Amapolas? —La incredulidad se atasca en la garganta de la joven.

—No es que quiera. —Su madre mueve la cabeza y aprieta los labios—. Pero no veo otra opción. No nos queda nada.

Cuando Maya nació, Elisa dejó su trabajo de comercial en un laboratorio de cosméticos y comenzó a trastear entre biberones, papillas y pañales, disfrutando cada instante de ese asombroso milagro que había alumbrado. A tiempo completo. Durante años, su vida fue una sucesión de fiestas

de cumpleaños, faldas de tutú, manualidades con brillantina, funciones escolares, cuadernos de deberes, actividades extraescolares y lazadas en las trenzas. Tomaba café con otras madres después de dejar a Maya en la guardería; hablaban de la última trastada, de alguna virulenta erupción en las nalgas, de la elección de colegio. Más tarde fue en esa escuela que eligieron donde las madres y algún padre se quedaban charlando a la salida de clase mientras los niños alargaban sus juegos en el patio, unas carreras infantiles que de vez en cuando prolongaban en un parque cercano. Su mundo era tranquilo y lúdico, de horarios sencillos y problemas nimios que ella sabía solucionar sin demasiados agobios; se sentía útil, querida y valorada. No necesitaba nada más.

Maya no fue una adolescente difícil. Su madre fue soltándola poco a poco, sin sufrir. Sus amigas, que no eran otras que las madres de las de sus hijas, la envidiaban; ella creía que estaba recogiendo los frutos de todo lo sembrado los años anteriores, con mucho amor, mimo, paciencia y, por supuesto, también disciplina. Se sentía afortunada, segura en su vida convencional y cómoda, sin preocuparse de nada más que no fuera el día a día de su pequeña familia.

—Pero Flora... —insiste Maya.

—No tenemos a nadie más.

Después de la muerte de Dani, le sorprendió comprobar que esa burbuja esponjosa en la que habitaba se estaba desintegrando y que sus vidas a punto estaban de quedar suspendidas en el aire. Hacía al menos un par de años que no consultaba el saldo de sus cuentas; solo gastaba lo que necesitaba, sin reparar en nada más. De joven, Dani había trabajado como comercial, igual que ella, pero después había abierto una agencia de publicidad a la que dedicaba casi todo su tiempo; era normal que no estuviera mucho en casa, el negocio resultaba exigente y un empresario no tiene hora-

rios. Pero lo que Elisa no sabía era que su marido también se había dedicado a apostar; sin que ella se diera cuenta, esa esfera porosa se había ido agujereando, enturbiada con deudas, impagos y descubiertos bancarios. Maya y ella perdieron a Dani y, con él, el piso en la calle de Miguel Servet, el coche y el poco dinero que les quedaba; comenzaron una nueva vida áspera y dura, con dos exiguas pensiones que apenas llegaban para pagar el alquiler y algunos trabajos en negro con los que llenar la nevera.

—Podríamos pedir ayuda a los abuelos.

Elisa siente una pesada losa encima del pecho. Hace ya unos meses que sabe que está allí, por eso su respiración es más breve y fatigosa; sin embargo, cuando alguien presiona la piedra, le duelen los pulmones al inspirar.

—Están en una residencia, Maya. ¿Cómo quieres que nos ayuden?

—Quizá, no sé, ¿no podrían prestarte algo?

—¿De veras crees que les voy a pedir algo cuando los he abandonado en *ese* sitio?

—A ver, mamá, no es así. Tú no podías...

Elisa la interrumpe con un gesto enérgico. Maya casi da un respingo; le sorprende que un cuerpo tan debilitado conserve tanta fuerza.

—Piénsalo, hija, pero deberíamos irnos una temporada con Flora.

—¿Y no es mejor que le pidamos ayuda? ¿Mejor que irnos allí?

—No nos dará nada. —Elisa mueve la cabeza hacia los lados sin desviar la mirada de un punto invisible en la pared—. Ya he hablado con ella. Dice que allí tendremos de todo: techo, cama, comida... Que podremos ahorrar más fácilmente que quedándonos en Zaragoza.

Maya permanece en silencio unos segundos. No quiere

mudarse a una casa en medio de la nada con un grupo de desconocidas, pero tampoco soporta presenciar cómo, poco a poco, esa negrura sólida atrapa a su madre. Vuelve a oír ruidos en el altillo. Seguro que son ratas.

—Además, Maya —continúa Elisa—, al fin y al cabo, Flora es tu abuela.

—Una abuela a la que debo de haber visto diez veces en mi vida —responde con gesto de fastidio—. Papá decía que estaba pirada. Y eso que era su hijo.

—Tu padre fue muy duro con ella. —Elisa se incorpora y se pasa la mano por el cabello cobrizo—. Flora ha sufrido mucho, ya lo sabes. No puedo ni imaginar qué se debe sentir al perder a una hija. Si tú... —La voz se quiebra como masa seca y se tapa la boca con la mano. Al instante se repone y prosigue—: Aurora solo tenía dos años más que tú cuando desapareció. Veintiún años. Y ahora Flora ha perdido a sus dos hijos.

CAPÍTULO 2

La Casa de las Amapolas, abril de 2019

Flora se cubre los hombros con una manta de lana gris. Se ha levantado temprano, antes del amanecer, y el frío le corroe los viejos huesos como un perro hambriento. La soledad de ese momento le recuerda a la soledad de los muertos: silenciosa y densa, desprovista de desesperación, vacía de miedo. Sale por la puerta sin hacer ruido; dentro, las otras habitantes de la Casa de las Amapolas, Silvia y Olga, aún duermen. Unas ramas de tomillo, atadas con un lazo malva, han caído de una de las argollas del portón pintado en blanco de la entrada. Flora se agacha con cierta dificultad y las mete en el bolsillo de su bata de felpa, bajo el abrigo. Sonríe. Seguro que Yago las puso allí. Baja los escalones de barro, flanqueados por dos copas de terracota desbordadas de verde. Retira algunas hojas secas y las deja en el alféizar de la ventana del salón, repleta de geranios sin flores; pronto brotará el color y se abrirá paso entre la niebla compacta de las pérdidas. Tiene que pedirle a Yago que asegure el tejadillo, parece que alguna teja amenaza con caer; también podría limpiar el dintel, está lleno de pequeñas manchas oscuras.

Cruza el patio empedrado, húmedo del rocío, gira a la izquierda, bordea los parterres donde crecen hibiscos y se dirige a la zona más alejada, tras el naranjo. Aunque la madera de la pérgola haya envejecido por el tiempo y la intem-

perie, todavía resiste en pie después de tantos años. Como ella, se dice, y sonríe con amargura. Las correas y los travesaños están cubiertos de hiedra, y la glicina que plantaron junto al pilar principal trepa por el soporte hasta alcanzar las tornapuntas y cubrir la parte superior; en abril, los racimos de flores colgantes convierten el lugar en una burbuja color lavanda, salpicada de rojo en la zona de los rosales. Pronto Flora compartirá ese espacio con las abejas, que acudirán con su hipnótico zumbido al olor dulce y penetrante de las flores; mientras tanto, permanece allí sola cada mañana, antes del amanecer, sentada en el antiguo banco de hierro fundido y motivos florales, ese que pinta cada primavera para cubrir el óxido, el que abraza su cuerpo marchito, el que acoge toda su desolación. Tan solo falta a su cita cuando nieva o llueve, temerosa de resbalar con el hielo que se forma en el empedrado; pero incluso en esas madrugadas aguarda la aurora junto a la ventana empañada de su dormitorio, mirando hacia ese rincón que la espera.

Junto al banco, bajo la techumbre cubierta de follaje, hay una estatua de piedra que representa a una joven dormida, recostada en un lujoso trono y rodeada de flores y hojas. El rostro es bonito, el cabello fino y ondulado cae por los hombros, las manos se abandonan en los reposabrazos y el vestido largo de pliegues abultados queda enterrado entre las rosas talladas. No es un trabajo demasiado delicado, pero la nostalgia que emanan sus formas, ese romanticismo antiguo y melancólico, la convierte en un símbolo para Flora. Por eso la encargó hace ya tantos años: una bella durmiente eternamente joven, inocente, aletargada. Viva.

No se ha acostumbrado a su ausencia, pero sí a esa soledad que la va vaciando como un roedor insaciable. Los años transcurridos sin su hija la dejaron hueca, como una vasija cubierta de fisuras incapaz de contener el agua. La

separación de Pablo, su marido, casi no significó nada; en ese momento, todas sus energías se centraron en no romperse del todo. Después de tanto tiempo creyó que lo había conseguido, hasta que Dani murió. Entonces las grietas se dilataron y el cántaro estalló y se hizo trizas, y los cientos de pedazos embarraron el lecho de su alma hasta convertirla en un lodazal.

Vio a Pablo en el funeral de su hijo. Después de casi veinte años, conservaba el mismo atractivo, si acaso algo encorvado, un poco más delgado, el cabello ralo y repleto de canas. Lo acompañaba Beatriz, su nueva pareja, una mujer atildada, de cabello corto teñido de castaño e impecable traje chaqueta. Le recordó a ella misma antes de *la pérdida*, antes de asomarse a esa oquedad que desde entonces la devora. No se reconoce en las fotografías de su antigua vida, no hay nada en común entre su yo actual y el que una vez fue. Recuerda que, en el cementerio, su mirada se cruzó con la de Pablo. Ella la mantuvo fija, despejada, hasta que él la desvió y apretó la mano de Beatriz; sin embargo, Flora creyó descubrir un destello de algo perdido, recóndito e inesperado en los ojos de su esposo. Porque para ella siempre será su esposo. No importa el tiempo transcurrido, ni la distancia, ni la ausencia —otra ausencia—, ni los papeles firmados, ni su cama vacía. No importa. En lo profundo de esa cueva excavada en su alma siempre estarán los tres, esos tres que dieron sentido a su vida. Su marido, Pablo. Su hijo, Dani.

«Respira —se repite Flora cuando siente que la gruta va a desplomarse—, respira».

Su hija, Aurora.

Zaragoza, febrero de 1994

Todavía es invierno y Flora acaba de cumplir cincuenta años. A menudo se pregunta por qué su madre le puso ese nombre si no nació en primavera. Aunque la cifra le provoca vértigo, sabe que nadie le echaría más de cuarenta y cinco; parece absurdo, pero ese lustro de tregua le resulta alentador.

—Estás preciosa.

Pablo la abraza desde atrás y le besa la nuca. Ella se da la vuelta y lo mira divertida.

—Eres un adulador —dice mientras le coloca bien el cuello de la camisa—. Anda, que vas a llegar tarde a clase.

Pablo enseña lengua y literatura en un instituto de la ciudad. Mete unos cuadernos en el maletín de piel desgastada y coge una manzana del frutero.

—El almuerzo —dice a su mujer guiñando un ojo—. ¿Qué planes tienes hoy? Vas muy elegante.

Flora sonríe y se alisa la solapa de la americana beis. Sabe que no es guapa: tiene las facciones demasiado angulosas, la nariz demasiado grande, los ojos demasiado separados. Sin embargo, su figura es envidiable y la energía que transmiten sus gestos la convierte en una mujer atractiva. Luce una corta melena castaña muy cuidada, y se levanta cada mañana media hora antes de lo necesario para elegir el vestuario y los complementos que se pondrá ese día: siempre lleva ropa cara y accesorios exclusivos.

—Tengo una reunión con el gestor. Algo aburrido, ya sabes.

Félix Blasco, el padre de Flora, amasó una importante fortuna con los turronec artesanales. Siendo muy joven, abrió una pequeña tienda donde vendía los dulces que elaboraba en el obrador de la pastelería y, con el tiempo, estos

adquirieron tanta fama que, cuarenta años después, la fábrica Turrónes Blasco da trabajo a cincuenta y siete operarios, y sus productos se venden en ocho tiendas propias y en multitud de comercios de *delicatessen* como postres selectos. Hace seis años que Félix se jubiló y se trasladó junto a su esposa a una casita en el norte, y delegó la dirección de la empresa en su única hija.

—¿Has visto a los chicos? —pregunta Flora mientras se perfuma el cuello y las muñecas—. No los oí llegar ayer.

—Siguen durmiendo, eran las tantas cuando volvieron. Hoy se saltarán las clases. —Pablo calla unos segundos y prosigue con el tono endurecido—: Ya sabes qué opino de eso.

—Bueno, cielo —replica ella acercándose a él con coquetería—, tampoco es tan grave. Era el cumpleaños de Dani, es normal que lo quisiera celebrar. Además —añade separándose y cogiendo el bolso—, me hace mucha ilusión que salgan juntos, es importante que se lleve bien con su hermana.

—¿Quién no va a llevarse bien con Aurora? Es un encanto de chica.

—Por supuesto, cariño. Pero ya sabes que a veces los chicos no quieren cargar con sus hermanas pequeñas. Por cierto, esa amiga que va tanto con él...

—Elisa —añade Pablo.

—Sí, esa. —Flora hace un gesto de desprecio con la mano.

Pablo se acerca a su esposa y la obliga a mirarlo a los ojos.

—Lo sabes —ella desvía la mirada—, lo sabes, Flora. Tu hijo decidirá con quién quiere estar, igual que lo hiciste tú, y tendrás que aceptarlo. Es mejor que no crees problemas cuando eso ocurra.

Ella se desembaraza del abrazo y se encoge de hombros.

—Llego tarde. —Relaja un poco la expresión y sonrío a su marido—. Tienes razón, siempre la tienes. Es que..., no sé. No me hagas caso. Si ves a los chicos antes de irte, recuérdale a tu hija que hoy tiene hora en la peluquería.

Cuando, horas después, Aurora se levanta, el piso está silencioso y en tinieblas. Piensa que quizá todavía no haya amanecido, pero le extraña porque se acostó muy tarde y, sin embargo, se siente descansada. Recorre descalza el largo pasillo de tarima oscura y va dejando a su paso un rastro de flores blancas; ayer salió con margaritas en el cabello, y ahora esas mariposas exánimes se deslizan por la tela de su camisón blanco y alfombran la madera como si por ella caminara una novia. Se asoma al dormitorio de su hermano sin hacer ruido, aunque los goznes de la puerta emiten un quejido taciturno; allí está, envuelto en la colcha, con unos mechones rubios surgiendo entre los pliegues y la persiana levantada. Nunca ha entendido cómo Dani puede dormir con tanta luz.

Cierra la puerta con cuidado y va a la cocina. Al entrar, la claridad la ciega momentáneamente. Las doce y cuarenta y siete. Se sienta en uno de los taburetes y lo acerca a la isla central cubierta de jarrones repletos de flores, helechos colgantes, frutas de colores. Coge una manzana verde, la limpia con la manga de su camisón y le da un mordisco. Papá estará enfadado, piensa. Estará enfadado porque se han saltado las clases: ella, las de la universidad, y Dani, las del máster que está cursando. Aurora también siente una ligera punción en el costado, una sensación desagradable y conocida, pero sabe que mamá quería que fuera al cumpleaños de su hermano, y también sabe que él no iba a esperar al fin de semana para celebrar sus veinticuatro primaveras.

En realidad, ella no quería ir a esa fiesta, piensa mientras saca una taza del armario y la llena de leche. No le gustan las discotecas, ni los pubs, ni ninguno de esos lugares ruidosos y llenos de humo donde la gente de su edad se apretuja y baila, hablando a voz en grito para acabar con las suelas de los zapatos pegadas al suelo viscoso. Le abruman sobremana las multitudes, la oscuridad, la música estridente. Le repugna el olor a sudor. Aurora hubiera preferido quedarse en casa leyendo un libro o escribiendo en su diario, tal vez trabajando en el proyecto de literatura victoriana que debe presentar a final de mes y aún no ha sido capaz de comenzar. Sin embargo, a su madre le hubiera disgustado que se negara: está preocupada por ella, por su hija de veintiún años que no tiene amigas, ni novios, por su dulce hija, ingenua, cariñosa, responsable, tan perfecta. Casi tan perfecta como *rara*.

En la fiesta se sintió cómoda entre los amigos de su hermano; todos la trataron amablemente, casi podría decirse que con delicadeza. Eso le gustó, pero al mismo tiempo reafirmó su propia extrañeza: la cuidaban como si fuera una muñeca frágil y anticuada a la que hubiera que manejar con suavidad para que la porcelana no se resquebrajara. No obstante, lo entiende. Vio a las chicas del grupo vestidas con minifaldas negras, los labios rojos, los lóbulos de las orejas agujereados, fumando cigarrillos, sosteniendo vasos de plástico que olían a alcohol y a naranja, a limón, a carcajadas agudas y abrazos estrechos, a caídas de ojos maquillados y cabelleras rizadas, y luego pensó en ella, en cómo la verían los demás. Sospecha que todos piensan que va disfrazada, cuando, en su realidad, son las demás las que parecen esconderse tras todas esas muestras de modernidad.

Aurora tiene la piel tan clara que se confunde con el blanco de sus vestidos; jamás ha tomado el sol. Su cabello fino y claro enmarca un rostro limpio, siempre limpio, sin

rastró de maquillaje. Aurora no viste a la moda; tiene muy poca ropa y toda ella es blanca, de todas las tonalidades del blanco; adora los bordados, las puntillas y las gasas, los modelos antiguos, las costumbres pasadas de moda. Habla poco, escucha mucho, mira a los ojos. Aurora es como la luna llena: distante, solitaria, pálida y luminosa. Hipnótica. Atemporal. Pero, por todo ello, ella lo sabe, también es extraña, como una mansión abandonada en medio de un bosque.